

EL LEGADO OSCURO DE ESPARTA
O UNA APROXIMACIÓN A LA FASCINACIÓN NAZI POR EL MUNDO
ESPARTANO

JOSÉ LUIS PELLICER MOR
Doctor en Historia [sección:Antigua]
IES 26 Misericordia (Valencia)

jarndyce@ono.com

Palabras clave:

Esparta. Espartiata. Hilota. Eugenesia. *Agogé*. Licurgo. Nazismo. NAPOLA

El mito de Esparta, *le mirage espartiate* (“el espejismo espartano” como se le conoce tradicionalmente) procede de la propia Antigüedad. Dos de nuestras principales fuentes documentales sobre la antigua Lacedemonia - Jenofonte y Plutarco - contribuyeron, y no en escasa medida, a conformar nuestra imagen de Esparta como un estado idealizado y tremendamente peculiar (a pesar de los actuales debates sobre la excepcionalidad o no de la civilización espartana). Esa fama perduró en el tiempo, se posó en tierras más septentrionales que las de la península balcánica, echó ahí raíces y, tras una extraña simbiosis, se encontró formando parte, involuntariamente, de una nueva y oscura ideología, la de la Alemania nazi, caracterizada por su obsesión por la pureza racial y de la sangre. Este es un estudio acerca de cómo ocurrió esto. En realidad un breve ensayo acerca de la fascinación que los nazis sintieron por la antigua Esparta.

En busca de la eugenesia.

Aunque Werner Jaeger, el célebre autor de *Paideia: Los ideales de la cultura griega* (1933), acabara exiliándose finalmente en los Estados Unidos desde su Alemania natal-cuando Hitler consolidó su autoridad,- en su obra todavía defendía la existencia de una ‘raza dórica’ que habría invadido el territorio griego y cuyas características físicas, antes de mezclarse con los pobladores autóctonos, se habrían mantenido intactas en Esparta, «proporcionando a Píndaro su ideal de hombre rubio, de alta estirpe, tal como se representaba no sólo al Menelao homérico, sino también al héroe Aquiles y, en general, a todos los helenos de rubios cabellos de la Antigüedad heroica.» (Jaeger, 1933: 88). Esta idea habría encontrado un exhaustivo defensor en el historiador Wilhelm Sieglin con su estudio titulado *Die blonden Haare des indogermanischen Völker des Altertums* fechado un poco más tarde, en 1935, acerca del aspecto ‘nórdico’ y especialmente de la presencia del cabello rubio entre los pueblos ‘indogermanos’¹ de la Antigüedad, obra en la que contabilizó por decenas los ejemplos que podían encontrarse en el panteón clásico, incluyendo a divinidades y héroes, lo que deslumbró a los ideólogos nazis que veían en ello una prueba fehaciente del origen y carácter ‘nórdico’ de los antiguos griegos. Las referencias encontradas por Sieglin proporcionaban un nutrido plantel de cabellos dorados y, en menor medida, de ojos claros. De las alusiones que hemos hallado en las fuentes clásicas -*ex profeso* para este artículo y sin ánimo de exhaustividad- exponemos aquí una breve muestra: Homero (*Odisea*, III.168 y sig.; *Iliada*, III.434 y sig.) se refiere constantemente a Menelao, rey de Esparta, como «rubio» o «el de rubios cabellos»². También en la *Iliada* (XXIII.141) se alude a Aquiles en una ocasión como de cabello rubio e igualmente son homéricas las alusiones al mismo tipo de cabello de Afrodita (*Iliada*, IX.389), Deméter (*Iliada*, V.100), Briseida (*Iliada*, IX. 282) y Ganímedes (*Himnos: Afrodita*, 200). En Safo (*Fragmentos*, I, 13) Íbico (*Fragmentos*, 1 = PMG 282) y Estesícoro (*Fragmentos*, 42) se menciona a «la rubia Helena» mientras que Febo Apolo es citado como de «cabellos de oro» igualmente por Safo (*Fragmentos*, II, 32) y descrito como de «rubios cabellos» por Alceo (*Fragmentos*, 11, 304); también su hermana Artemisa es mencionada como «rubia hija de Zeus» aunque esta vez nuestra fuente sea Anacreonte (PMG, 348). Por

¹ Término que en Alemania era preferido junto con el de ‘ario’ al de indoeuropeo.

² Se contabilizan 15 referencias en la *Iliada* al legendario monarca como «el rubio Menelao» (III.434; IV.183 y 210; X.240; XI.125, XVII.6, 18, 113, 124, 578, 673, 684; XXIII.293, 401 y 438); y 11 en la *Odisea* bajo la fórmula «de rubios cabellos» (III.168 y 257; IV.30, 59, 76, 146, 168 Y 332; XV.110, 133 y 147).

otra parte, Apolonio en sus *Argonáuticas* (I, 1084 y II, 159) hizo de Jasón y de sus compañeros en la nave *Argo* gentes rubias, y así ocurrió con otros muchos personajes míticos y, en ocasiones, con otros no míticos, como la referencia de Píndaro (*Nemeas* IX, estr. IV) a los «dánaos de rubios cabellos,» o la fragmentaria de Baquílides (*Idas, para los lacedemonios. Ditirambos*, 20.1) a «las rubias lacedemonias.» No puede negarse realmente que las referencias en las fuentes clásicas son realmente muy numerosas, aunque eso no demuestre, como concluyeron los nazis, un origen nórdico *per se*. Por otra parte, la alusión a las lacedemonias de cabello rubio y a Menelao, en su mítica categoría de rey de Esparta, pudieron llegar a tener un especial significado en el imaginario nazi en su búsqueda de una confirmación justificativa acerca del carácter ‘racialmente ario’ de los antiguos espartanos, si bien planteaba el espinoso problema de que la llegada de los dorios, bajo el manto legendario del ‘retorno de los Heráclidas,’ habría tenido lugar – si seguimos a Tucídides- unos ochenta años después de la guerra troyana (*Historia*, I.12).³ Sin embargo, este hecho no pareció *a priori* plantear un problema irresoluble para los ideólogos nazis. Se limitaron a destacar la profusión de alusiones a cabellos rubios en el imaginario griego, tan tentadoramente fácil de integrar en una ideología que, como la suya, defendía sin ambages la ‘sangre rubia y creadora.’⁴ Por si esto fuera poco, los textos clásicos parecieron seguir proporcionándoles nuevos argumentos al hallar descripciones en los autores clásicos acerca de Perséfone y Hera, como de «blancos brazos» (Hesíodo en este caso, *Teogonía*, 913 y 315 respectivamente) o a la propia Atenea, deidad a la que se aludía como de ojos claros, refiriéndose frecuentemente a ella en ese sentido Homero (*Iliada*, V.719; VI.88; VII.17 y otras).⁵ Estas referencias no dejarían de ser valoradas por el régimen nacionalsocialista como una demostración casi irrefutable de que la llegada de invasores en sucesivas oleadas sólo podía haber tenido su origen en la Europa septentrional a modo de luz civilizadora que llegaría del norte: ‘*ex septentrione lux*’. Y aunque no haya fundamento científico alguno que demuestre algo así y hoy sea un hecho firmemente extendido entre los investigadores que el movimiento originario de los pueblos portadores de una primitiva lengua indoeuropea (no de una raza de ese nombre cuya existencia parece corresponder

³ De hecho, Albert Speer, el que fuera arquitecto de Hitler, recoge en sus *Memorias* el hecho de que «Cuando (Hitler) hablaba de los griegos, se refería a los dorios» (Speer, 2001: 179).

⁴ Una expresión popularizada por Alfred Rosenberg, ideólogo del partido nazi, en clara referencia a la expansión de la raza aria que fue creando civilización allí donde se asentó desde el lejano norte.

⁵ Emilio Crespo en la traducción de la *Iliada* que hemos utilizado emplea la expresión ‘ojizarca’ frecuentemente para Atenea, que según la RAE significaría literalmente ‘de ojos azules.’

claramente más a lo imaginario que a lo real) no habría tenido como punto de partida el norte de Europa, sino el territorio del Cáucaso, la llegada de una raza hipotética de gentes rubias de ojos claros desde latitudes nórdicas ganó terreno como verdad irrefutable en la cosmovisión pseudocientífica nazi. Alfred Rosenberg con la obra *Der Mythos des 20 Jahrhunderts* (1930, El Mito del siglo XX) y H.F.K. Günther con su estudio titulado *Herkunft und Rassengeschichte der Germanen* (1935, *Origen e historia racial de los germanos*) se encargaron de defender la llamada ‘via nórdica.’ La portada de esta última obra mostraba una antigua escultura romana de la noble germana Tusnelda, presentada intencionadamente de perfil (claramente ‘griego’) con la evidente intención de establecer una vinculación casi subliminal entre las antiguas tribus germánicas y el mundo helénico. Esta visión racial del pasado presentaba al ario (en su calidad de ‘hombre nórdico’) como una especie de «Prometeo de la humanidad» (Hitler, 1939: 241), portador de una sangre valiosa que como tal sería objeto de una mística como elemento central del movimiento nazi, algo de lo que uno podría sentirse orgulloso y que, al tiempo, era el vehículo de su propia identidad y sentido de la superioridad, un valor que proteger frente a un enemigo siempre acechante, una concepción en la que, como ha escrito Rosa Sala «el inevitable biologismo de la hermandad de sangre hacía completamente imposible cualquier asimilación.» (Sala, 2003: 334). Y fue precisamente en ese aspecto de la conservación de la pureza racial que la mirada nazi se detuvo fascinada ante el *kósmos* espartano, en el que descubriría múltiples elementos que encajaría o haría encajar -con más o menos fortuna- en su propia y tremenda ‘Weltanschauung’⁶. Para ello no dudó en acudir a toda referencia clásica que sirviera de apoyo (y en cierto sentido de ‘prestigio’ irrefutable). Una de esas referencias sería el propio Platón, cuyo filolacónismo le hacía particularmente adecuado a este propósito. De 1933 data la obra de Joachim Bannes con el clarificador título *Hitlers Kampf und Platons Staat* (El combate de Hitler y la República de Platón) a modo de estudio pormenorizado sobre los fundamentos ideológicos del nacionalsocialismo (Chapoutot, 2013:270). Un aspecto del pensamiento del filósofo griego que no podía dejar de llamar la atención de los nazis fue el del tratamiento de las ideas eugenésicas para su estado ideal, particularmente cuando afirmaba que «es necesario que los mejores hombres se unan a las mejores mujeres» y por su rechazo de las que denominaba ‘uniones irregulares’ de unos con otros sin control de los

⁶ Término alemán para ‘cosmovisión’ a modo de marco interpretativo de la realidad.

gobernantes con el objeto de mantener pura la clase de los guardianes (Platón, *Rep.*, 459d ff). El hecho de que Platón se refiriera a un estado de carácter utópico, y por tanto, inexistente, no pareció ser un hándicap para los nazis en su búsqueda incesante de una justificación racial que la antigua Grecia parecía estar dispuesta a servirles. También Jenofonte -y su presentación admirativa del estado espartano- no tardaría en ser utilizado como referencia de alto nivel para el programa eugenésico nazi: La idea de que hombres y mujeres espartanos debían ejercitar constantemente su cuerpo casi como una obligación cívica ya que de padre y madre fuertes nacerían igualmente hijos vigorosos (Jenofonte, *Rep. Lac.*, I, 4-5), supuso un nuevo estímulo a su visión del mundo basado en supuestos raciales. El hecho de que en Esparta se hubiera dispuesto que «los casamientos se hicieran en la plenitud del vigor físico, mirando también en esto las conveniencias de la prole.» (Jenofonte, *Rep. Lac.*, I-6) cuadraba a la perfección con la idea de conservar la pureza racial entre los ideólogos nazis. El ‘problema’ de las uniones irregulares o inadecuadas (a las que se refería Platón) iba a quedar pronto resuelto en la Alemania nacionalsocialista por medio de la *Ley para la protección de la sangre y el honor alemanes* en una fecha tan temprana como la de 15 de septiembre de 1935,⁷ una legislación que enlazaba directamente con la idea de la sangre aria como bien de la comunidad y, por tanto, necesitado de protección por su valor intrínseco. Con ese objetivo la mencionada norma regulaba, en virtud de la cantidad o ‘porcentaje de sangre valiosa’ que una persona tuviera, su capacidad legal para contraer (o no) matrimonio -o tener relaciones- y, por tanto, descendencia adecuada. De hecho, el peligro de la contaminación de la sangre por mantener relaciones inapropiadas obsesionó a los nazis más allá de cualquier referencia al modelo espartano. Como recoge Rosa Sala en su magnífico estudio sobre el concepto de la sangre en la ideología nazi, el adoctrinamiento que recibían las chicas alemanas integradas en las asociaciones juveniles femeninas nazis rezaba como sigue: «Mantén tu sangre pura, no es sólo tuya (...). Todo el futuro se encuentra en ella. Mantén limpio el vestido de tu inmortalidad.» (Sala, 2003: 332). Esta preocupación era mayor, si cabe, en relación directa con el ascenso en la jerarquía racial en la Alemania nazi, especialmente en lo que concernía a los cuadros de las SS que no podían contraer matrimonio sin autorización, y ésta no se concedía sino tras un minucioso examen de la pareja en cuestión en la que se valoraba la estatura, forma del cráneo, color del pelo y de los ojos y tono de la piel, además del

⁷ Recordemos este respecto que Hitler había llegado a la cancillería en enero de 1933.

árbol genealógico que debía ser impecable en cuanto a su falta de contacto con sangre eslava o judía. En un escrito del Dr. Brandt (ayudante de Himmler) recogido por Marc Hillel en su ensayo sobre la cuestión racial nazi, y fechado en 1943, leemos lo siguiente (Hillel, 1975: 48):

Una de nuestras misiones más importantes cuando llegue la paz, será la de llevar a todos los jóvenes de las SS, mediante una enseñanza y una orientación adecuadas, a una selección justa de la especie, de sus mujeres y madres de sus futuros hijos.

De hecho, las maternidades *Lebensborn* (literalmente ‘fuentes de vida’) fueron creadas *ex profeso* en la Alemania nazi para dar los mejores cuidados a las madres y a los niños procedentes de matrimonios ‘valiosos’ -en el seno de las SS- desde un punto de vista racial. Incluso se valoraba como criterio de valor que los miembros de las SS y sus esposas (y, por tanto, futuras madres) tuvieran ‘nariz griega’ (Hillel, 1975: 58).⁸

En el caso de niños que, incluso como fruto de emparejamientos ‘aceptables,’ nacieran defectuosos, el mismo Platón, para su estado ideal, expuso (sin demasiada concreción) la idea de que éstos deberían ser apartados o ‘escondidos’ en un lugar no mencionado ni manifiesto (Platón, *Rep.*, 460c). Sin embargo, Plutarco, en su vida de Licurgo, al tratar de las leyes fundacionales que éste había dado a Esparta, pareció concretar más la idea al afirmar que los hijos deformes o que no superaran la inspección de los ancianos de la tribu, tras el nacimiento, debían ser llevados a lugares conocidos como «apótetos o expositorios, lugar profundo junto al Taigeto, como que a un parto no dispuesto desde luego para tener un cuerpo bien formado y sano, por sí y por la ciudad, le valía más esto que vivir.» (Plutarco, *Lic.*, XVI). Desde luego, el abandono o exposición de niños en la antigua Grecia no era una práctica desconocida en modo alguno; recordemos a este respecto incluso ejemplos procedentes de la leyenda y la literatura como el del célebre Edipo, pero lo que otorga una singularidad al caso espartano es el hecho de que se establecería una norma para niños con deformidad física que no pudieran dar la talla en el futuro afectando así al desenvolvimiento de la vida comunitaria según los cánones lacedemonios, mientras que «fuera de Esparta el abandono era hecho normalmente sólo por iniciativa de los padres.» (MacDowell, 1997:

⁸ A este respecto son bien conocidas las palabras que componen la descripción irónica que hizo Samuel Beckett del prototipo ario a propósito de sus características físicas y de otras cuestiones: «*Tiene que ser rubio como Hitler, delgado como Goering, guapo como Goebbels, viril como Röhm (...) y debe llamarse Rosenberg.*» (citado en Burleigh, 2002: 391). [Aunque Burleigh no lo aclara, la cita parece proceder presumiblemente de James Knowlson, *The Life of Samuel Beckett*, 1996, London: Bloomsbury]

53). Al considerar este modelo de actuación como justificativo de la actuación del estado en ese campo, los nazis no partieron de cero, tomando como referencia la obra *Die Freigabe der Vernichtung lebensunwerten Lebens* (Permiso para la destrucción de la vida indigna de vida), publicado antes de la era hitleriana en una fecha tan temprana como 1920, del jurista Karl Binding y el psiquiatra Alfred Hoche, obra en la que -nos recuerda el conocido historiador de la Alemania nazi Michael Burleigh- se «instaba a los alemanes del siglo XX a emular a los espartanos...» (Burleigh, 2002: 384), intentado de ese modo establecer una relación directa entre la manera de actuar del estado espartano y de lo que se esperaba de un moderno estado alemán. Así, y a pesar de las escasas referencias que nos han llegado acerca del abandono de niños con algún tipo de defecto en Esparta (nuestra fuente principal como hemos mencionado es Plutarco), esto sería suficiente para los nazis para presentar justificativamente la ‘vía espartana’ como modelo para el mantenimiento de la pureza racial. La aterradora cifra de 6000 jóvenes que, con algún tipo de malformación ya fuera mental o física -entre recién nacidos y adolescentes de hasta 16 años,- habrían perecido dentro del programa de ‘eutanasia’ infantil hitleriano según Burleigh (2002: 421) es suficientemente impactante para requerir de un comentario.

El problema del número o la escasez de la élite racial.

La preocupación constante por el mantenimiento de una comunidad como la de los *hómoioi* espartiatas en cuyo seno se nacía ya con esa condición privilegiada, llevaba aparejada la cuestión del número, un asunto no de menor importancia si tenemos en cuenta que en el mundo espartano siempre existió una desproporcionada relación numérica a favor de la población mesenia dominada y en detrimento de la élite que ejercía el control. Esparta tomó en cierto modo el aspecto de un gran campamento en el que los espartiatas asumían el papel de minoría dominadora sobre una gran masa de población sometida y en el que la vigilancia interior alcanzaba una importancia mayor que en otras sociedades griegas. Esa fue, sin duda, la causa de la obsesión espartana por el nacimiento y crianza de nuevos espartiatas que no hicieran disminuir el ya de por sí inaceptable desequilibrio numérico. Sobre esta cuestión acudimos a la autoridad de Aristóteles que, en su estudio sobre la constitución de los lacedemonios, nos hace llegar esta nada sorprendente información, teniendo en cuenta lo antedicho (Aristóteles, *Pol.*, II.9.1270b):

El legislador, que pretende que los espartanos sean los más posibles, invita a los ciudadanos a tener el mayor número de hijos (...) exime del servicio militar al padre de tres hijos y deja libre de todos los impuestos al de cuatro.

Es evidente que se esperaba una contribución al mantenimiento de la comunidad por parte de los ciudadanos en forma de hijos sanos y vigorosos. Los célibes sufrían el desprecio social por su falta de contribución como puede deducirse del relato que nos transmite Plutarco, según el cual un joven se negó en una ocasión a ceder su asiento a Dercílicas, aún siendo éste un destacado general, ya que a pesar de su valor en el combate no tenía descendencia (Plutarco, *Lic.*, XV). La misma fuente nos hace llegar la extraña liberalidad que, en ocasiones, reinaba en Esparta: un marido anciano podía llevar a un joven vigoroso ante su mujer para mejorar su propia descendencia, e incluso un hombre dispuesto podía, con el previo consentimiento del marido, tener relaciones «con una mujer bella y madre de hijos hermosos» en bien de la comunidad (Plutarco, *Lic.*, XV), una costumbre que ya Jenofonte había confirmado en su estudio sobre el estado lacedemonio al revelarnos que «si alguno no quería cohabitar con su mujer pero deseaba tener hijos dignos de memoria, pudiera, con el consentimiento del marido, tener hijos de la que le pareciera fecunda y saludable.» (Jenofonte, *Rep. Lac.*, I.8). Una crisis institucional se produjo a este respecto cuando los éforos exigieron al rey Anaxádridas que, debiendo dar ejemplo a todos, repudiara a su mujer ya que ésta no le daba hijos. La decorosa negativa del monarca provocó una solución inesperada (Heródoto, *Hist.*, V.40):

Ya no te pedimos que repudies a tu mujer actual, pero sí que, además de ella, te lleves a tu casa a otra que te de hijos (...) de modo que desde entonces tuvo dos mujeres y mantuvo dos hogares, cosa absolutamente insólita entre los espartanos.⁹

Desde luego, las continuas guerras que salpicaron la historia de los antiguos griegos -y las consiguientes bajas en combate- no pudieron actuar sino en detrimento del número de los tan valorados *hómoioi*. Heródoto nuevamente y Jenofonte nos proporcionan dos cifras de carácter significativo a este respecto: Mientras en la batalla de Platea (479 a.C.) el número de espartiatas fue de 5000 (Heródoto, *Hist.*, IX, 28), un siglo más tarde en el choque de Leuctra (371 a.C.), que marca el declive del poder

⁹ Sobre este particular, MacDowell en su estudio sobre las leyes espartanas ha planteado el hecho de que, aunque existiera el concepto de adulterio en Esparta, era algo difícil de delimitar (1997: 87).

lacedemónico, la élite del estado espartano no estuvo representada más que por 700 hoplitas, de los que se nos informa que cayeron cerca de 400 (Jenofonte, *Hel.*, VI, 4.15), una verdadera catástrofe numérica. Incluso hoy nos asombra el hecho de que durante la guerra del Peloponeso, cuando un reducido contingente espartano (que incluía tan sólo 120 espartiatas) se viera acorralado en la isla de Esfactoria, la propuesta de Esparta a los atenienses fuera de la siguiente índole: «Los lacedemonios os invitan a pactar y poner fin a la guerra, ofreciéndooos la posibilidad de una paz, de una alianza, de una gran amistad y de una estrecha relación entre ambos, a cambio de los hombres de la isla.» (Tucídides, *Hist. Pelop.*, IV.19). Si Esparta reaccionó de ese modo ante la posibilidad de perder un número tan pequeño de sus espartiatas, se hace evidente que la cuestión racial guiaba en no poca medida su actuación. Desde un punto de vista general, el aumento cuantitativo de la fuerza militar espartana sólo podía venir del recurso a los hilotas. Heródoto cifra en siete el número de éstos que acompañaron a cada espartiatas en Platea¹⁰ (Heródoto, *Hist.*, IX, 28), armados ligeramente y con la posibilidad en el futuro de obtener la libertad de su condición de servidumbre, es decir, pasar a ser un *neodamodes*.

Salvando las distancias y trasladándonos ahora a la Alemania nacionalsocialista, es posible establecer un extraño paralelismo, al menos en cuanto a una preocupación similar por la descendencia apropiada, especialmente en la llamada ‘Orden negra’ (SS).¹¹ Las garantías de selección matrimonial y la obtención de descendencia racialmente adecuada para sus miembros sitúan claramente ese mundo de los ‘*hómoioi negros*’ -como los ha denominado Johann Chapoutot en su ensayo titulado *El nacionalsocialismo y la antigüedad-* dentro de los tortuosos caminos de la obsesión racial. De hecho, una de los fines perseguidos por las instituciones conocidas como *Lebensborn* (ya mencionadas anteriormente) era el de promover la procreación de al menos cuatro hijos por cada pareja SS, llegándose a establecer como directriz «el deber para el miembro de las SS llamado a filas, de procrear -fuera del matrimonio si fuera necesario- siempre que la madre fuese, aún en escasa medida, de ‘buena sangre.’» (Leleu, 2013: 458). De nuevo la idea de la continuidad de la sangre como hilo conductor de la comunidad racial. A este respecto la directriz del 9 de noviembre de 1937 ya

¹⁰ Serían pues unos 35000 hilotas con labores de apoyo y sostenimiento ya que sabemos que participaron 5000 espartiatas.

¹¹ Una manera de referirse a las SS tanto por el color de su uniforme negro como por el hecho de conformar una orden o asociación con un código muy estricto basado en los fundamentos raciales de la ideología nazi.

establecía claramente la protección de viudas y huérfanos de miembros de las *SS*, por su importancia en la estructura racial nazi, datando incluso de una fecha tan temprana como 1931 (antes incluso de la llegada de Hitler al poder) la llamada ‘orden de noviazgo y matrimonio,’ cuya finalidad no era otra que la de establecer una estricta normativa para garantizar la integridad racial de la Orden negra (Leleu, 2013: 458). El cuidado y selección de los varones que entraban en las *SS* correspondía a un criterio de superioridad física (además de las cuestiones de pureza racial) que llevaba a establecer normas básicas como la de no llevar gafas o alcanzar una talla mínima de 1,74 cms., si bien a lo largo de la guerra incluso esos límites fueron alterados hasta bajar, en el caso de la altura mínima requerida, a 1,70 o incluso a 1,66 cms., para la incorporación de voluntarios más jóvenes, a medida que la necesidad de reemplazos por las bajas en el frente hacía indispensable adaptarse a las circunstancias. Éste es, en realidad, un problema inherente a todas las castas guerreras exclusivas, como hemos mencionado antes en el caso de los espartiatas. Con el tiempo, incluso se abrió la puerta a la entrada en el ejército *SS* (*Waffen-SS*) de ‘tipos raciales’ no exclusivamente arios, admitiéndose individuos con aportaciones alpinas o mediterráneas, si atendemos a las categorías de clasificación racial en el mundo nazi (Leleu, 2013: 249-250).

Deslumbrados por la *agogé* espartana.

Acudimos ahora de nuevo al libro de *Memorias* de Speer para recoger este pasaje: «¡Qué cuerpos tan maravillosos pueden verse hoy! Hemos tenido que esperar hasta nuestro siglo para que la juventud se fuera aproximando de nuevo, a través del deporte, a los ideales helénicos.» (Speer, 2001: 179). El deporte como medio de mejora racial y el mundo griego; un tándem que para la mentalidad nazi quedó gráfica e irrefutablemente presentado en el documental de 1938 ‘*Olympia*’ dirigido por la cineasta Leni Riefenstahl con metrajes conseguidos en la filmación de las Olimpiadas de Berlín de 1936. La cuidada presentación filmica en la que la célebre escultura del Discóbolo cobraba inesperada vida en forma de un atleta (presumiblemente ario) asombró a propios y extraños. Obtener un cuerpo atlético a través de un estricto programa de educación física se convirtió en una de las más destacadas características del programa educacional nazi. Desde un principio fijaron su atención en el peculiar sistema educativo espartano tan centrado en el fortalecimiento del cuerpo, en la

obediencia y la disciplina, todos ellos valores que la Alemania hitleriana persiguió con una constancia asombrosa.

El sistema educativo espartano o *agogé* había sido establecido por Licurgo, según la tradición, y comenzaba a la temprana edad de 7 años, momento en el que se iniciaba un duro entrenamiento que haría alcanzar al joven su plenitud física y la deseada categoría de *irén* (alrededor de los 20 años). Desde el comienzo se acostumbraba a los niños a «ser imperturbables en las tinieblas, sin miedo en la soledad y no incómodos ni fastidiosos con sus llantos.» (Plutarco, *Lic.*, XVI). Debían andar descalzos y practicar ejercicios deportivos sin ropa para acostumbrarse a las incomodidades. La comida era sobria, permitiéndoseles que obtuvieran mediante el hurto lo que no se les daba, siempre, como es bien conocido, que no se dejaran sorprender en el acto del robo. Plutarco nos dice que «cuando ya tenían 12 años no gastaban túnica ni se les daba más que una ropa ligera para todo el año.» (Plutarco, *Lic.*, XVI). Todo ello conduciría al fortalecimiento del cuerpo y del carácter y a hacer que soportaran mejor las penalidades de la guerra cuando formaran parte del ejército. El manejo de las armas y los ejercicios gimnásticos formaban parte de su aprendizaje en la vida. Jenofonte, tratando igualmente de las leyes de Licurgo, ya había proporcionado una imagen muy similar (*Rep. Lac.*, II, 3-4):

Además, en lugar de ablandar los pies con el calzado, ordenó que los endurecieran andando descalzos, pues pensaba que si se ejercitaban de este modo, mucho más fácilmente escalarían las alturas y con mayor seguridad bajarían las pendientes y saltarían y brincarían lo mismo en longitud que en altura con mayor ligereza, y opinaba que, en lugar de envolverse muellemente en mantos, debían acostumbrarse a no llevar sino un solo vestido en cualquier época del año, considerando que así estarían mejor dispuestos a afrontar tanto el frío como el calor.

Un verdadero entrenamiento para la futura vida de campamento, en la que el individuo quedaría supeditado a los intereses de la comunidad y que formaba parte de la esencia del mundo espartano. Semejantes proezas en el entrenamiento deportivo de la juventud encajaban a la perfección con el modelo de pensamiento nazi sobre la formación de los ciudadanos alemanes y de sus futuros correligionarios. En su estudio de la sociedad alemana durante el Tercer Reich, el historiador británico R. Grunberger ha establecido la importancia sin precedentes que el deporte tuvo en los programas

escolares nazis, aumentando las sesiones de educación física en los colegios de dos a cinco horas entre 1936 y 1938, muchas veces a costa de la asignatura de religión (Grunberger, 2010: 306):

Como asignatura aumentó en importancia cuantitativa y cualitativamente: carreras a campo traviesa, fútbol y boxeo (que se hizo obligatorio en las escuelas superiores) fueron incorporados a ella, convirtiéndose en materia de examen para el ingreso en la escuela secundaria, así como para la obtención del certificado final de la escuela.

En las juventudes hitlerianas¹² los miembros de la *Jungvolk* (jóvenes de entre 10 y 14 años), conocidos como ‘*pimpfs*,’ debían correr 60 metros en 12 segundos, saltar 2,75 metros, entrenarse con el tiro al blanco, resistir marchas de un día y medio y ejercitarse en el manejo de armas cortas (Grunberger, 2010:295). Y al igual que los *irenes* en la antigua Esparta actuaban a modo de guía y modelo de los más jóvenes (que les servían desempeñando diversos servicios) los nazis acuñaron la expresión «*la juventud guía a la juventud*» para aplicar un principio similar entre los jóvenes hitlerianos. Igualmente estaba presente la idea de que el interés comunitario estaba por encima de cualquier sacrificio individual que se pudiera exigir de un joven, lo que tendría oscuros tintes hacia el final de la II Guerra mundial.¹³

Una mención aparte en el sistema educativo nazi merecen las instituciones llamadas NAPOLA,¹⁴ auténticos internados para la educación de las futuras élites y cuadros dirigentes del III Reich, y que hicieron su aparición casi con el surgimiento del régimen nazi en 1933. El mejor estudio de su estructura y funcionamiento en relación a su apropiación de Esparta corresponde a Helen Roche, autora de una excelente obra acerca del tema, de la que entresacamos los requisitos de los candidatos que pretendían obtener una plaza en ellas: debían ser «de origen ario, de carácter irreprochable, racialmente puros, con plena habilidad física y alta competencia intelectual.» (Roche, 2013: 81). De hecho uno de sus principales atractivos para los jóvenes eran las prácticas deportivas que incluían también juegos de guerra en el campo. El fundador de las escuelas NAPOLA, y ministro de educación nazi, Bernhard Rust, se permitió elogiar a

¹² A las juventudes hitlerianas (*Hitler-Jugend*) que los jóvenes alemanes debían inscribirse obligatoriamente desde 1936.

¹³ Jóvenes hitlerianos de 14 o 15 años lucharon en las postrimerías de la guerra en varios frentes, entre ellos defendiendo la ciudad de Berlín ante el asalto de las tropas soviéticas.

¹⁴ NAPOLA, siglas a su vez abreviadas como NPEA, eran las escuelas altamente ideologizadas del movimiento nazi, correspondiendo como siglas a las instituciones educativas político-nacionales o *Nationalpolitische Erziehungsanstalten*.

Esparta «como uno de los primeros ejemplos de la auténtica educación comunitaria.» (Roche, 2013:189), llegando a comparar a Hitler con el propio Licurgo como organizador de la vida de la comunidad del pueblo en un alarde de ciega admiración;¹⁵ y al diseñar el programa de estudios a desarrollar en ellas no dudó en incluir la historia espartana, su organización racial y social, sin olvidar a Tirteo, el gran poeta que hizo de Esparta casi un mito en la propia antigüedad, como autor privilegiado entre los poetas griegos a estudiar (Roche, 2013:192). Lo que más se valoraba de Esparta en esas escuelas era su ejemplo de camaradería, disciplina y obediencia, destacándose a menudo como modelo la acción de las Termópilas, por lo que representaba de sentido del deber hacia la comunidad y sus leyes, una manera de actuar que era definida como ‘comportamiento ario.’ De hecho, la historia espartana y las informaciones que las fuentes documentales nos han legado de ella fueron reinterpretadas «siguiendo los puntos de vista raciales nacionalsocialistas.» (Roche, 2013:213). En esas instituciones educativas nazis incluso las comidas eran de una cierta sobriedad siguiendo en apariencia la descripción que hizo Jenofonte acerca de cómo Licurgo había dispuesto que fuera la alimentación para los jóvenes espartanos; la cantidad de alimentos debía ser de una medida (Jenofonte, *Rep. Lac.*, II.5)

que no les expusiera a sentir la pesadez de la hartura, ni les hiciera, por otra parte, desconocer lo que es pasar necesidad; porque creía que los así educados podrían mejor, si necesidad tuvieran, soportar la falta de víveres, y resistirían durante más tiempo con la misma ración (...) Pensó, además que un género de alimentación que de esbeltez al cuerpo, haciéndole crecer en estatura, conviene más que una dieta que lo ensanche desmesuradamente.

En palabras de un estudiante de una de las escuelas NAPOLA, las comidas realmente fueron durante toda su etapa de instrucción «suficientes, pero nada abundantes,» aclarando también que el modo de vida espartano era siempre presentado como modelo por los profesores, llegando a afirmar que, en cierto modo, «vivíamos de manera espartana.» Al parecer no disponían siquiera de edredones como ropa de cama para los crudos inviernos, al tiempo que debían hacer ejercicios deportivos cada mañana nada más levantarse y en ocasiones estaban obligados a recorrer descalzos el paisaje

¹⁵ La comparación se basaba en el hecho de que, al igual que Licurgo había dado a Esparta sus leyes fundacionales, Hitler había hecho lo mismo en Alemania inaugurando una nueva fase en la historia germana.

agreste cubierto de nieve recién caída (Roche, 2013: 227-8). Tan estrictas disposiciones no pueden dejar de recordar la descripción que hace Jenofonte del entrenamiento diseñado para los jóvenes espartiatas ya citada anteriormente.

En cuanto a las jóvenes, -como futuras y vigorosas madres- también Esparta iba a ser presentada como referencia ineludible. Ya el legislador Licurgo había dispuesto que se entrenaran en el lanzamiento del disco y de jabalinas, así como en carreras y danzas, a modo de entrenamiento para conseguir una mayor fortaleza corporal, algo que llegó a ser objeto de burla en la *Lisístrata* de Aristófanes: en esa conocida comedia, al entrar en escena la lacedemonia Lámpito recibe este ‘elogio’: «¡Queridísima laconia (...) Cómo luce tu belleza (...) Y que rebosante de salud está tu cuerpo! ¡Podrías estrangular incluso a un toro! (Aristófanes, *Lis.*, 78-84). El ejemplo espartano conectó pronto con la preocupación por el fortalecimiento de las jóvenes en la Alemania nazi, en su calidad de futuras ‘madres arias.’ Encuadradas hasta los 14 años en la categoría de *Jungmädel* y en la Liga de muchachas alemanas (BDM), debían alcanzar ambiciosos objetivos (deportivamente hablando) que las hicieran aceptables y especialmente resistentes para el papel que les estaba reservado en la sociedad. Entre los logros que debían superar estaban el correr 60 metros en 12 segundos, llevar a cabo saltos acrobáticos, nadar 100 metros o aguantar marchas de dos horas de duración entre otros (Grunberger, 2010:295-296).

Tierra y sangre.

Aunque la élite espartiatas estaba ligada a la tierra por la posesión del lote de terreno que le había sido asignado,¹⁶ su vida poco tenía que ver con los trabajos del campo. A cada *hómoioi* correspondía además de su parcela de tierra un número determinado de hilotas que se ocupaban de su cultivo y cuidado, al tiempo que cumplían funciones de índole militar siempre que fuese necesario, como ya ha sido apuntado antes. No era un asunto menor éste de la posesión de la tierra, desde luego, ya que del cultivo de la misma procedían las aportaciones que cada espartiatas, como algo consustancial a su condición privilegiada, debía proveer a la *sisítia* o comida común. El no cumplir con esta obligación podía tener importantes consecuencias, siendo una de ellas la pérdida de la condición de *hómoioi* por parte del infractor. Servir en el ejército y participar en el banquete común eran rasgos propios de su situación privilegiada como

¹⁶ Se atribuye a Licurgo el reparto inicial de 9000 lotes o parcelas en el propio comienzo del estado espartano (Plutarco, *Lic.*, VIII)

grupo exclusivo (Fornis, 2016: 333-334). Como pueblo étnicamente superior (*herrenvolk* o *herrenrasse* en la nomenclatura nazi), los espartiatas ejercían una autoridad notable sobre la población mesenia sometida a la que incluso obligaban a llevar una vestimenta particular y distintiva para ser fácilmente diferenciados, además de la cabeza afeitada (Fornis, 2016: 358). Conocemos gracias a Plutarco que la relación entre ambos mundos, el de los espartiatas y el de los hilotas a veces estaba presidida por la más extrema crueldad. En ocasiones se emborrachaba a los hilotas para mostrar su degradación y «los llevaban a los banquetes públicos para que vieran los jóvenes qué era la embriaguez.» (Plutarco, *Lic.*, XXVIII). También encontramos en las fuentes referencias al oscuro ritual de la *krypteia* a modo de homicidio legal (Plutarco, *Lic.* XXVIII):

Los magistrados (...) enviaban por diversas partes a los jóvenes que les parecía tenían más juicio, los cuales llevaban sólo su espada, el alimento absolutamente preciso y nada más. Estos, esparcidos de día por lugares escondidos, se recataban y guardaban reposo; pero a la noche salían a los caminos y a los que cogían de los hilotas les daban muerte.

Una prueba de coraje para los jóvenes pero al tiempo una muestra de un específico régimen de terror sobre la población mesenia que coadyuvaba al mantenimiento de una situación de dominio por parte de una minoría, la de los espartiatas, frente a una comunidad sometida. Aún hoy sorprenden y extrañan esas referencias que las fuentes nos han conservados acerca del trato denigrante y opresivo que emanaba de la relación entre espartiatas e hilotas.

Volviendo al mundo hitleriano, la relación específica con la tierra como parte consustancial del imaginario nazi estuvo representada en la expresión *Blut und Boden* ('sangre y tierra'), un tándem vinculado a la fanática figura de Walther Darré, ministro de agricultura desde junio de 1933, en los albores del régimen nacionalsocialista. Su idea de consolidar un estado basado en los sólidos lazos que el campesino tenía con la tierra y el suelo patrio estaba ligado en su peculiar visión con un elemento vital del alma nórdica: su unión indisoluble con la tierra que ocupan. El ario debía luchar por conseguir un espacio donde brillar. Los brumosos campos del norte de Europa no eran un territorio adecuado, pero su movimiento hacia tierras meridionales permitió que desarrollaran sus capacidades y desplegaran todo su potencial. De esa manera, presentaba una explicación sin complejos de cómo los pueblos germánicos de la

antigüedad se habían quedado estancados en su desarrollo frente a las ‘nórdicos’ logros de Grecia y Roma en un verdadero malabarismo cultural. Según W. Gehl, autor de un manual de historia para la enseñanza secundaria en 1939, los espartanos «procedían de una oleada de campesinos-soldados nórdicos.» (Chapoutot, 2013:299). Igualmente Ulrich Wilcken en su estudio sobre la Grecia antigua (la versión que hemos consultado es la traducción española de 1942 de la cuarta edición alemana de 1939) habla sin ambages de las ‘migraciones de pueblos nórdicos’ en referencia a los dorios que ocuparon el Peloponeso a los que llega a comparar atrevidamente con los germanos que irrumpieron en el Imperio romano. (Wilcken, 1942: 41 y 77). La ocupación del territorio por los dorios y el subsiguiente episodio de dominación de la población local no podía dejar indiferente a los ideólogos nazis en su sueño de dominación racial, hasta el punto de adoptarlo como modelo de referencia (Chapoutot, 2013:309):

La oposición existente entre los *hómoioi* y las poblaciones circundantes de hilotas y periecos, proporciona un modelo de jerarquización y de dominio racial que Darré y las SS adoptan para diseñar las nuevas relaciones de raza en el interior de Alemania y, con el tiempo, en los territorios conquistados de un extenso Gran Reich.

Un oficial de las SS, hablando con el escritor y sociólogo Eugen Kogon (1965: 41). le reveló en una fecha tan temprana como el otoño de 1937 que las antiguas ciudades-estado griegas esclavistas se encontraban entre los hitos culturales del mundo antiguo, y que, siguiendo ese modelo, bastaría con que un pequeño porcentaje, apenas un 5 o un 10% de la población, se dedicase a organizar el territorio para que todo funcionase: «el resto ha de trabajar y obedecer. Sólo de este modo se pueden alcanzar aquellos supremos valores que tenemos que exigir de nosotros mismos y del pueblo alemán.» Aunque este fragmento se refiere al sistema de mano de obra esclava como característico de la antigüedad griega y no se menciona expresamente a Esparta, el paralelismo en cuanto al sometimiento a la obediencia de pueblos que debían ejercer un trabajo físico parece evidente en relación a la situación de los hilotas en la estructura económica y social lacedemonia. En lo que respecta a los proyectos nazis para la ocupación de territorios, el historiador Arnold Toynbee al analizar la llamada cuestión del Este, el *lebensraum* y el concepto de Nuevo Orden hitleriano, ha descrito con precisión en que pensaban convertir los nazis las grandes áreas conquistados en la Unión soviética durante la guerra: «Empezaron a forjarse los proyectos más fantásticos

para la colonización de las áreas conquistadas de Rusia, con la crema de las poblaciones occidentales europeas.» (Toynbee, 1963: 69). La idea no era otra que la de establecer a millones de campesinos ‘racialmente adecuados’¹⁷ en las colonias modernas de Rusia ocupada, en un intento de fortalecer el *deutschtum*, concepto ligado a la idea de la germanidad, que debía ser dominante sobre los pueblos inferiores. En esa tarea debía intervenir, en la siempre compleja jerarquía burocrática nazi, a la *SS-Rasse und Siedlungshauptamt* (Oficina principal de raza y asentamiento). No se trataba, sin embargo de ‘germanizar’ en el sentido de imponer la lengua y cultura alemanas, sino de someter al trabajo a las poblaciones locales en beneficio de los colonos asentados, étnica y racialmente superiores en esta cosmovisión nazi siguiendo un modelo que los ideólogos del partido pretendían presentar como justificado por el ejemplo proporcionado por la Esparta de Licurgo. En una conversación fechada en 1942, Hitler aclaró algunos aspectos de este oscuro proyecto (Hitler, 1953:189):

En el este no hemos de ocuparnos a diario de educar a la población, ni inculcarle el sentido alemán de limpieza (...) A tal objeto importa pues que la vida del colono alemán sea absolutamente diferente de la de los indígenas (...) Dejando a los autóctonos vivir su vida, no trastornaremos inútilmente sus costumbres (...) De este modo no correremos el riesgo de que se confundan con nosotros por su aspecto exterior.

Recordemos aquí lo expuesto anteriormente cuando hemos citado el hecho de que los hilotas debían ser fácilmente reconocibles y nunca confundidos con la élite dominante espartiatá. Por otra parte, aunque no hubo en la antigua Esparta nada parecido a la persecución que protagonizaron los nazis en su régimen de terror estatal contra la población judía y otros colectivos, no podemos dejar de ver -aún salvando las enormes distancias entre ambos mundos-, un sutil punto de contacto en el intento de bloquear la mente de la población sometida a través del miedo (como perseguían, en parte, los aleatorios asesinatos rituales de la *krypteia*). Acciones tan célebres como las de ‘la noche de los cuchillos largos’ (30 de junio a 1 de julio de 1934) y la de ‘los cristales rotos’ (9 al 10 de noviembre al 1938), ambas amparadas en la magnificación del terror que supone la acción nocturna, son suficientemente explícitas a ese respecto. Incluso Heródoto nos recuerda que «a los que los lacedemonios ejecutan lo hacen de

¹⁷ Además de alemanes, se considerarían aceptables o ‘racialmente adecuados’ para la colonización del este de Europa y Rusia, agricultores de Noruega, Holanda o Dinamarca.

noche» (Heródoto, *Hist.*, IV.146), un hecho que ya ha sido destacado por Rosa Sala al afirmar que las *razzias* nocturnas de los jóvenes espartanos recordaban «los métodos empleados por las SA o la Gestapo para librarse de comunistas, judíos o disidentes.» (Sala, 2001: 184).

En un régimen como el espartano tampoco lo extranjero podía gozar de mucho predicamento. Según las normas establecidas por Licurgo con las palabras nuevas entrarían pensamientos nuevos que podrían trastocar el orden establecido, razón por la cual todo lo exterior debía ser considerado perjudicial casi *per se* (Plutarco, *Lic.*, XXVII):

No le agradó (a Licurgo), por tanto, que cualquiera saliese de viaje o anduviese por otras tierras para que no trajese costumbres extranjeras, usos de gente indisciplinada y diferencia de ideas sobre el gobierno, y aún dispuso que se mandara salir a los extranjeros que sin objeto útil se fuesen introduciendo en la ciudad.

A este respecto el movimiento nazi haría de la xenofobia espartana un referente para su propia inflexibilidad en ese campo por el miedo al ‘contagio’ exterior de gentes no arias: en el programa prácticamente fundacional conocido como ‘los 25 puntos del NSDAP¹⁸ (1920)’ los apartados 4 y 8 exponían con férrea claridad que sólo sería considerado ciudadano alemán aquel que tuviera ‘sangre alemana’ y que era necesario impedir toda inmigración no alemana ‘invitando’ a lo no arios llegados desde agosto de 1914 (en referencia al comienzo de la Gran guerra) a que abandonasen el suelo germano.¹⁹

La fascinación nazi por Esparta.

Sería realmente difícil encontrar cualquier otro periodo de la historia que se haya sentido tan identificado con una civilización del pasado como la Alemania nazi hizo con la antigua Esparta. El historiador Helmut Berve, autor de una monografía titulada *Sparta* (1937) y de escritos para las escuelas hitlerianas acerca de la moral de combate espartana, la llegó a describir como un modelo histórico para el estado nacionalsocialista por el cuidado con que había intentado mantener su pureza racial (Losemann, en Hodkinson (ed), 2012: 282). En la misma línea O.W. von Vacano, del

¹⁸ NSDAP corresponde a las conocidas siglas del Partido nacionalsocialista de los trabajadores alemanes.

¹⁹ La visión nazi del judío como corruptor de la sangre alemana de mil maneras posibles excede los límites temáticos de este artículo al no haber una correlación directa con el mundo espartano.

que procede un manual escolar que llevó el sonoro título de *Sparta: Der Lebenskampf einer nordischen Herrensicht* [*Esparta, la lucha por la vida de una élite nórdica* (1940)] presentaba a los antiguos lacedemonios bajo un prisma idealizado, cuya caída sólo podía explicarse por haber sido consumida en incontables campañas la preciosa sangre nórdica (Chapoutot, 2013: 298). Por otra parte, Elizabeth Rawson en su obra ya clásica acerca de la tradición espartana en occidente recogió en sus investigaciones la afirmación del propio Hitler de que «por esta política sistemática de preservación racial, Esparta se convirtió en el primer estado *völkisch*» (Hitler, *Zweites Buch*, II.17, citado en Rawson, 1969:342), asimilándola en un claro ejercicio de apropiación en la terminología nazi ya que ‘*völkisch*’ -expresión difícil de traducir pero de muy constante uso por los ideólogos nazis- tiene una clara connotación de pueblo perteneciente a una comunidad racial. Se hace evidente el interés por asociar el antiguo *kósmos* espartano con el nuevo orden nazi. Incluso Jaeger, que como ya comentamos emigró a los Estados Unidos, allanó involuntariamente el camino a los nazis en su apropiación de Esparta cuando, al tratar del estado lacedemonio en su *Paideia*, presentaba (Jaeger, 1982: 95 y 97):

la idea de una comunidad ciudadana que trasciende toda individualidad y para la cual todos viven y mueren. El ideal homérico de la *areté* heroica es transformado en el heroísmo del amor a la patria (...) Sólo existe una medida de la verdadera *areté*: la ciudad y aquello que la favorece o la perjudica.

El ideario nazi, ya empeñado en los años treinta en la construcción de su propio mito, no dudó en utilizar para sus fines la imagen de una Esparta reconstruida e idealizada. El poeta Tirteo – como ‘*heraldo de la areté*,’ en palabras de Jaeger- parecía representar con gran perfección ese ideal que resurgía de la antigüedad (Tirteo, *Fragmentos*, 3 y 5):

Pues es hermoso morir si uno cae en la vanguardia, cual guerrero valiente que por su patria pelea.» (...) «Un bien común a la ciudad y al pueblo entero es el hombre que, erguido en vanguardia, se afirma sin descanso, y olvida del todo la fuga infamante, exponiendo su vida y su ánimo audaz y sufrido; y enardece con sus palabras al que combate a su lado.

No es de extrañar que, en el imaginario nazi, Esparta fuera concebida como «el lugar de nacimiento de la idea heroica del estado.» (Roche, 2013: 209). Junto a la disciplina militar, otro aspecto muy valorado por los nazis en su búsqueda justificativa

en la antigua Esparta fue el concepto de obediencia. A ese respecto las fuentes clásicas proporcionaban claros referentes: «Una vez le dijeron al rey Teopompo que Esparta se había salvado por sus reyes que sabían mandar: “mejor por sus ciudadanos, le respondió el rey, que saben obedecer.”» (Plutarco, *Lic.*, XXX). Ambos elementos se ven igualmente confirmados por la lectura de Heródoto que en boca de Demarato expone sin ambages cómo los espartanos temen más a sus leyes que los súbditos de Jerjes al monarca persa. «y hace todo lo que esta soberana (la ley) les manda, lo cual es siempre lo mismo: no desertar en batalla ante una multitud de enemigos sino permanecer firmes en sus puestos; vencer o morir.» (Heródoto, *Hist.*, VII.104). Y, por supuesto, las Termópilas; una actuación como la espartana en esa batalla no podría dejar indiferentes a los nazis que promovieron incansablemente su estudio y presentación en las escuelas como modelo de comportamiento. Joaquin Fest, en su monumental biografía de Hitler, recoge como el líder nazi llegó a comparar el VI ejército alemán -fatalmente rodeado en Stalingrado- con los 300 espartanos que habían luchado y muerto heroicamente en el paso de las Termópilas en el 480 a.C. (Fest, 2005: 927). Y no fue ésta la primera vez que Hitler utilizaba esta referencia. En *Mein Kampf*, al tratar de los soldados alemanes caídos en agosto y septiembre de 1914 en Flandes ya había parafraseado el célebre epitafio en honor de Leónidas y sus espartiatas: «Viajero, cuando vayas a Alemania, cuenta que nosotros quedamos aquí, leales a la patria y fieles a nuestro deber.» (Hitler, 1939: 175).

Aún hoy nos asombra el impacto que Esparta llegó a tener sobre los nazis, incluso en aspectos como son los de la propaganda y el arte. Y sin embargo, aunque la arquitectura de Albert Speer -con su estudiada severidad dórica- o las esculturas de Arno Brekker -con sus extraños atletas-guerreros arios-, nada tenían que ver con Esparta que, desgraciadamente nos ha legado muy pocos restos materiales, es altamente sorprendente ver cómo esta admiración fanática por lo espartano se introdujo en la misma vida cotidiana de la población alemana a través de artículos de consumo tan peregrinos como un bronceador comercializado en la década de los años treinta por un fabricante de productos cosméticos con la presumiblemente cautivadora frase «*Spartabraun durch Sparta*» [‘un bronceado espartano gracias a (la crema bronceadora) Sparta’] (Losemann, en Hodkinson (ed.), 2012: 279). El nacionalsocialismo buscó un modelo que ayudara a presentar su obsesiva ideología como algo enraizado en la propia Antigüedad y, por tanto, en la tradición clásica. Quiso hacer de la *areté* espartana ese

modelo que presentar ante el mundo, proyectando en ella su particular visión ideal de lo que debía ser, había sido y volvería a ser la raza aria, un auténtico mito construido a su propia medida, sin considerar -como nunca hacen las ideologías más autocomplacientes- que «del virtuoso e idealista decidido al fanático a menudo sólo hay un paso.» (Hayek, 2006: 57).²⁰

NOTA BENE. Quisiera hacer llegar mi agradecimiento a Charo Marco por su inestimable ayuda a la hora de localizar algunas de las referencias en las fuentes clásicas, así como por las sugerencias de mejora que me ha hecho después de leer este trabajo, y también a César Pellicer por su colaboración en la labor de búsqueda de citas en las fuentes relativas a personajes míticos de la antigua Grecia a los que se alude por el color presumiblemente rubio de su pelo o por el color claro de sus ojos, aspectos que tanto impresionaron al imaginario nazi. Mil gracias a ambos.

Referencias bibliográficas

- BURLEIGH, M. (2002). *El Tercer Reich*. Madrid: Taurus.
- CHAPOUTOT, J. (2013). *El nacionalsocialismo y la antigüedad*. Madrid: Abada.
- FEST, J. (2005). *Hitler, una biografía*, Barcelona: Planeta.
- FORNIS, C., (2016). *La historia, el cosmos y la leyenda de los antiguos espartanos*, Sevilla: EUS.
- GRUNBERGER, R. (2010). *Historia social del Tercer Reich*. Barcelona: Ariel.
- HAYEK, F.A. (2006[originalmente publicado en 1944]) *The Road to Serfdom*. London and New York: Routledge Classics.
- HILLEL, M. (1975). *En nombre de la raza*. Barcelona: Noguer.
- HITLER, A. (1939). *Mein Kampf*. Versión on-line en inglés de James Murphy.
<http://www.greatwar.nl/books/meinkampf/meinkampf.pdf>
- HITLER, A. (1953). *Conversaciones sobre la guerra y la paz (1942-1944), recogidas por Martin Bormann*. Barcelona: Caralt.
- HODKINSON, S. y MacGREGOR, I. (eds.). (2012). *Sparta in Modern Thought. Politics, History and Culture*. Swansea: The Classical Press of Wales.
- JAEGER, W. (1982 [originalmente compuesto entre 1933 y 1945]). Paideia: *Los ideales de la cultura griega*. México: FCE.

²⁰ Friedrich Hayek en su obra *The Road to Serfdom* (Camino de servidumbre), originariamente publicada en 1944, criticó abiertamente los sistemas totalitarios nazi y comunista por su negación de la libertad individual y su obsesión por el control estatal.

- KOGON, E. (1965 [edición original en alemán, 1946]). *Sociología de los campos de concentración [Der SS-Staat]* Madrid: Taurus.
- LELEU, J-L. (2013). *Waffen SS*. Madrid: La Esfera de los libros.
- LOSEMAN, V. (2012). The Spartan Tradition in Germany, 1870-1945, en HODKINSON, S. y MacGREGOR, I. (eds.). (2012). *Sparta in Modern Thought. Politics, History and Culture*. (pp. 253-314). Swansea: The Classical Press of Wales.
- MACDOWELL, D.M. (1997). *Spartan Law*. Edinburgh: Scottish Academic Press.
- RAWSON, E. (1969). *The Spartan Tradition in European Thought*. Clarendon Press: Oxford.
- ROCHE, H. (2013). *Sparta's German Children*. Swansea: The Classical Press of Wales.
- SALA ROSE, R. (2003). *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*. Barcelona: Acontilado.
- SPEER, A. (2001, publicadas en alemán en 1969). *Memorias*. Barcelona: Acontilado.
- TOYNBEE, A. (1963). *La Europa de Hitler*. Barcelona: Vergara.
- WILCKEN, U. (1942). *Historia de Grecia*. Madrid: Pegaso.

Fuentes documentales clásicas utilizadas

- ALCEO (1986, traducción de Carlos García Gual) en *Antología de la poesía lírica griega, ss. VII-IV a.C.* Madrid: Alianza, pp.74-82.
- ANACREONTE (1986, traducción de F. Rodríguez Adrados) en *Lírica griega arcaica. Poemas corales y monódicos, 700-300, a.C.* Madrid: Gredos, pp.389-417.
- APOLONIO (1996, traducción de M. Valverde Sánchez), *Argonáuticas*. Madrid: Gredos.
- ARISTÓFANES. (1994, traducción de A. López Eire). *Lisístrata*. Salamanca: Hespérides.
- ARISTÓTELES (1998, traducción de C. García Gual y Aurelio Pérez). *Política*. Madrid: Alianza.
- BAQUÍLIDES. (1998, traducción de Fernando García), *Odas y fragmentos*. Madrid: Gredos.
- ESTESÍCORO (1986, traducción de F. Rodríguez Adrados) en *Lírica griega arcaica. Poemas corales y monódicos, 700-300, a.C.* Madrid: Gredos, pp.159-222.
- HERÓDOTO. (1999, traducción de Manuel Balasch). *Historia*. Madrid: Cátedra.
- HESÍODO. (1978, traducción de Aurelio Pérez y Alfonso Martínez), *Fragmentos*. Madrid: Gredos.
- HOMERO a) (1996, traducción de Emilio Crespo). *Iliada*. Madrid: Gredos.
 b) (1993, traducción de Manuel Fernández Galiano). *Odisea*. Madrid: Gredos.
 c) (1978, traducción de Alberto Bernabé). *Himnos homéricos*. Madrid: Gredos.
- ÍBICO (1986, traducción de F. Rodríguez Adrados) en *Lírica griega arcaica. Poemas corales y monódicos, 700-300, a.C.* Madrid: Gredos, pp.223-243.
- JENOFONTE. a) (1973, traducción de María Rico). *República de los lacedemonios*. Madrid: Instituto de Estudios políticos.
 b) (1994, traducción de Orlando Guntiñas). *Helénicas*. Madrid: Gredos.
- PÍNDARO (1984, traducción de Alfonso Ortega). *Odas y Fragmentos*. Madrid: Gredos.

PLATÓN a) (1986, traducción de Conrado Eggers). *República*. Madrid: Gredos.

b) (1981, traducción de F. P. Samarach). *Las leyes*. Madrid: Aguilar.

PLUTARCO (1973, traducción de A. Sanz Romanillos). *Vidas Paralelas: Licurgo*. Madrid: Aguilar, 1973.

SAFO (1986, traducción de F. Rodríguez Adrados) en *Lírica griega arcaica. Poemas corales y monódicos, 700-300, a.C.*. Madrid: Gredos, pp. 336-382.

TIRTEO (1986, traducción de Carlos García Gual) en *Antología de la poesía lírica griega, ss. VII-IV a.C.* Madrid: Alianza, pp. 20-24.

TUCÍDIDES (1988, traducción de F. Romero Cruz). *Historia de la guerra del Peloponeso*. Madrid: Cátedra.